

La Tierra



Carlos Diego Gutiérrez, CSsR

La tierra es algo que tenemos constantemente bajo nuestros pies. Es verdad que ahora, que mayoritariamente vivimos en ciudades asfaltadas, o transitamos caminos empedrados, se nos hace difícil concebir que ahí abajo hay tierra, salvo porque vemos jardines, árboles y parques. Resulta que la tierra, al igual que el agua, nos es necesaria para poder vivir y no perecer; si bien es verdad que ésta no la comemos, pero desde hace millones de años el ser humano ha obtenido de ella todo el alimento necesario para subsistir.



Siempre nos hemos sentido vinculados a la tierra: en ella cultivamos, sobre ella construimos y a ella esperamos volver algún día. Para la Biblia, la tierra también cobra un sentido especial como don de Dios.

Lugar de paso

Si el mes pasado hablábamos del cielo y decíamos que era el “espacio de Dios”, hoy podemos decir de la tierra que es “el espacio del ser humano”. En la Biblia encontramos estas dos palabras puestas juntas en innumerables ocasiones, como si fuera una frase hecha que ya sale sola y sin pensar: «el Cielo y la tierra». Así aparece en el mismo primer versículo de la Sagrada Escritura: “En el principio creo Dios los Cielos y la tierra” (Gn 1,1), es decir, hemos de entender aquí la tierra por oposición al «Cielo», que como decíamos era la realidad divina. Con la tierra hablamos de la realidad creada, de las cosas no-perfectas, del lugar que no es eterno y, por tanto, es perecedero, el lugar sometido a un cambio (y en progresión hacia más). El hombre bíblico mira siempre a la

tierra como lugar creado por Dios para ser habitado por él a la espera de llegar a Dios: «*Del Señor es la tierra y todo cuanto en ella vive, el orbe y todos sus habitantes*» (Sal 24,1).

Por tanto, la tierra es materia, es creación de Dios, y como tal ha salido de sus manos para volver a ellas en algún momento. Así entendemos mejor que: «Dios modeló al ser humano del polvo de la tierra» (Gen 2,7), y espera volver a Él: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás» (Gn 3,19). Esta es la experiencia de Israel ante un Dios que crea por amor, que da la vida a su creación, la cual, aunque puede corromperse y desviarse, y se vea sometida al paso del tiempo, siempre acabará volviendo a Aquel que le dio la existencia: «desde siempre y por siempre tú eres Dios, tú reduces el hombre a polvo diciendo: «Retornad, hijos de Adán» (Sal 89,2-3). Por tanto, la tierra es un lugar de paso hacia un lugar mejor, tenemos la promesa de retornar al seno de la Vida.

Promesa de Dios

Ahora bien, si hay una palabra que viene asociada al término tierra en nuestras biblias, y casi que sale automática en nuestra cabeza, ésta es «promesa». Hablamos de la «Tierra prometida», «la Tierra que prometí a vuestros padres». Desde que Abraham salió de su país y tuvo su encuentro personal con Dios, éste le hizo depositario de las promesas de Dios y transmisor de éstas para todo el pueblo en adelante (Gn 15,18-21). Por consiguiente, esta promesa será un eje vertebrador posteriormente: el pueblo de Israel busca llegar a esa tierra prometida, que mana leche y miel, como Dios repite a Moisés desde la zarza ardiendo: «Y descendí para librarlo de manos de los egipcios y para llevarlos de esa tierra a la tierra buena y ancha, tierra que mana leche y miel» (Ex 3,8), así pues la tierra es promesa de prosperidad y liberación; Canaán sería el espacio en que se asentaría el pueblo de Israel según lo dicho por Yahvé, un lugar llamado a pregonar la realización de las promesas de Dios, si el pueblo se convierte y vive en ese lugar poniendo a Dios en el centro, es decir, haciendo de Canaán un trocito de Cielo en la tierra.

No obstante, vemos que el pueblo no fue capaz de llevar a cabo esta tarea. Por eso, Jesucristo vino a este mundo para mostrarnos el camino a la verdadera Tierra Prometida, que trasciende toda concepción de un espacio geográfico determinado y delimitado (Jn 14). La promesa de Dios es la Salvación, y la Tierra Prometida es el Reino de Dios,

es decir, Dios mismo habitando los corazones de la humanidad vuelta hacia Él, liberada del mal, redimida, y ansiosa por volver al seno del Creador (Rom 8,20-21). Podríamos afirmar que la Tierra Prometida es el corazón del hombre habitado plenamente por Dios. El último libro de la Biblia nos muestra esta realidad de una Tierra nueva, una Tierra en la que la Luz de Dios iluminará, en una Nueva Creación Eterna, el corazón de toda persona para llevarlos a la Tierra que prometió a nuestros padres: el Amor de Dios.

Del libro del Apocalipsis (Ap 21,1-7)

"Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva - porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: «Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios- con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado». Entonces dijo el que está sentado en el trono: «Mira que hago un mundo nuevo». Me dijo también: «Hecho está: yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin; al que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida gratis. Esta será la herencia del vencedor: yo seré Dios para él, y él será hijo para mí.



Para reflexionar:

¿Me siento criatura de Dios modelada por Él?
¿Pongo mi vida en sus manos?

¿Busco hacer de este lugar, la tierra que habito, un trocito de Cielo con Dios en el centro?

¿Qué promesas escucho para mi vida por parte de Dios?